

PRIMEROS SOLITARIOS DE MESOPOTAMIA — LOS  
PASTORES Y LOS MONASTERIOS <sup>1</sup>

Dice Sozomeno que el primer solitario de la Siria, es decir de la Mesopotamia, que confunde con la Siria, fué Aonez. « Refiérese de él, dice, que comenzó á vivir en este pais según las más perfectas máximas de la celeste filosofía, y que hizo en él lo que san Antonio en la Tebaida. » Le dá por compañeros á Gaddano y Azizo, que se esforzaron en seguir sus huellas. Establecieron su morada en Fadán, que es el lugar en que el mayordomo de Abraham vió á Rebeca, Estaba muy cerca de Carrhes, lo que indica que esta aldea era la de Harán, en que Raquel vivia con su padre Labán.

No está probado hasta le evidencia, que este Aonez haya sido verdaderamente el primer solitario de esto pais. Sozomeno habla ántes de los que se llamaban pastores, y si es verdad que Aonez floreció bajo el emperador Valente, como parece deducirse de las palabras de este escritor, resulta que san Jacobo de Nisiba, que, ántes de ser obispo, fué solitario y del número de estos pastores, fué más antiguo que él. Así lo nota Tillemont.

Eran estos pastores verdaderos anacoretas, que en Mesopotamia se llamaban pastores, porque no tenían casa ni celda, sino sólomente cavernas, á las que se retiraban durante el invierno, como veremos en la vida de san Jacobo de Nisiba. No comían pan, ni cosa alguna cocida al fuego,

<sup>1</sup> San Efren, san Basilio, Casiano y Sozomeno.

así como tampoco bebían vino. Cuando llegaba la hora de la comida, tomaban una podadera, y cortaban los retoños de las yerbas que á su paso encontraban, por lo cual recibían el nombre de pastores. San Agustín habla de ellos en los mismos términos que Sozomeno. Pero tenemos un discurso de san Efren, en que detalla su género de vida, y de que vamos á dar un resúmen, por ser un monumento muy edificante de sus austeridades, de su desprendimiento de la tierra y de su vida enteramente celestial.

« Publiquemos, dice, las recompensas de los santos religiosos que han sido los padres de la vida ascética y solitaria: cantemos las alabanzas de los habitantes de los desiertos: relatemos los combates de los que, llevados de un amor ardiente y de un verdadero deseo de su salvación, han dejado las ciudades, y venido á estos lugares solitarios, para alejarse del tumulto del mundo. No se hallan, por lo tanto, ausentes; no están léjos de nosotros; pues el afecto que les profesamos hace que los tengamos presentes, y que no cesen de rogar por nosotros. No los considemos como hombres viles y despreciables, ni como ignorantes y groseros: son muy célebres y respetables: son los maestros de todos los hombres en la escuela de la piedad y de las buenas obras, pues el mismo Señor es el que los instruye. »

Aún cuando estén errantes por los desiertos y las montañas, no se separan del rebaño de la Iglesia; sino que son miembros perfectos de este místico cuerpo, y están llenos de justicia. « No resisten á la ley sino que la cumplen: honran á los sacerdotes y á los ancianos, y en todas sus acciones son guiados por una fé viva. Cuando los venerables sacerdotes suben al altar para celebrar y ofrecer los santos Misterios, y cuando se sientan á la sagrada Mesa, son los primeros en levantar sus manos, y reciben con fé el cuerpo de Jesucristo. Cual palomas, se remontan á lo alto, y fijan su morada en la cruz. Cual místico rebaño, se extienden

por el desierto, y reconocen la voz del soberano Pastor, lleno de bondad y de misericordia. Son mercaderes que salen de su país para buscar la margarita de inestimable valor: son generosos atletas que se hacen ilustres por los trabajos de la virtud. »

« El amor que les profeso me hace ir en busca de ellos para encontrar tesoros espirituales, que me llenen de inapreciables riquezas. Es verdad que me espanta la austeridad de su vida; pero cuando se ponen de rodillas para orar conmigo y por mí, de débil y miserable que soy, me trueco en fuerte y vigoroso. Cuando levantan sus manos hacia el cielo, mi oración sube a él con la suya para alcanzarme la gracia de cantar con piedad y con fé los himnos y los cánticos. Yo me uno á ellos cuando imploran los auxilios del cielo, y si alguno derrama una lágrima por mis pecados, es oído, y mis culpas quedan perdonadas. »

« Vayamos, pues, á participar de sus dones espirituales, de sus oraciones, de su gozo y de sus celestiales delicias. Recibamos de ellos la caridad, que es una virtud mucho más excelente que todas las piedras preciosas. Recibamos de ellos la fé, que es infinitamente mejor que todas las perlas y ornatos de que tanto se precian los mundanos. Volemos rápidamente cual ágiles palomas, y trasportémonos al lugar que habitan estos hombres incomparables, que han preferido las montañas y lugares solitarios al tumulto y agitación de las ciudades. Sus cuerpos se hallan cubiertos de saco y cilicio, sin otro ornato que su larga cabellera; pero llevan con gozo estas ásperas vestiduras, porque saben que con ellas agradan al Señor. Su rostro está macilento, y su mirada revela no sé qué de austero; pero esta misma austeridad constituye la belleza y la gloria de sus almas.

« Este exterior penitente les hace tan respetables, que, si les encuentra un ladrón, se postra ante ellos lleno de veneración. Las fieras huyen de ellos al ver sus sacos, como

si vieses un objeto admirable y prodigioso. Huellan con sus pies las serpientes, porque están ceñidos de la justicia que viene de la fé. El mismo Satanás los mira con horror y espanto; dá gritos horribles y huye precipitadamente, porque le combaten animosamente, y le persiguen hasta que le han destrozado enteramente, por decirlo así, con sus pies, al mismo tiempo que desprecian sus ilusiones y artificios.

Los bienes del mundo no les tientan, pues los miran como arena despreciable, y cual los ángeles, tienen todas sus riquezas en el cielo. El hambre no les aflige, pues están saciados con Jesucristo que es el pan de vida eterna que ha descendido del cielo. La sed no les abate, pues á todas horas tienen en su alma y en su lengua á Jesucristo, que es la fuente de agua viva. El maligno espíritu no les turba, porque están edificados sobre la piedra firme que no puede ser quebrantada. »

« Viven en las cavernas y en los agujeros de las rocas, cual si fuesen ricos y cómodos aposentos. Se encierran en las montañas y en las colinas, cual en fortalezas inexpugnables. La tierra es su mesa, y las yerbas y raíces silvestres su alimento ordinario. Las aguas que corren por tranquilo riachuelo, ó que brotan de las rocas son su deliciosa bebida. En cualquier lugar en que se encuentran tienen su iglesia, porque oran incesantemente, y pasan los días enteros en este santo ejercicio. Las alabanzas divinas, con que hacen resonar á toda hora las concavidades de las montañas, son los sacrificios que ofrecen al Señor. Oran por nosotros, y curan nuestras enfermedades con la eficacia de sus oraciones. »

« Por las mañanas, cual si desplegasen sus alas, se extienden por toda la soledad: se levantan con nuevo ardor, y hacen resonar, como si fuesen atronadoras trompetas, los valles y las montañas con las alabanzas de Jesucristo, por cuyo amor suspiran. Ejércitos de ángeles les acompa-

ñan, velan por ellos, les guardan y les protegen. La gracia del Señor está siempre con ellos, y no permite que el enemigo eclipse su gloria. Si se ponen de rodillas, á poco está la tierra empapada en lágrimas. Huyen de la gloria del siglo, y cifran la suya en el desprecio y las humillaciones. No se dan reposo alguno, ni buscan otras recompensas en sus trabajos, que las que les están preparadas en el cielo. Se consideran más honrados con sus hábitos tejidos de piel de cabra, que los grandes con su púrpura y esplendorosas alhajas : pues la púrpura se usa y destruye, mientras que el saco y el cilicio immortalizan á estos piadosos solitarios con la paciencia y el amor de los sufrimientos. Los mismos reyes, asentados en su dorados tronos y rodeados de majestad no gozan una tranquilidad tan dulce, como la que ellos experimentan en sus desiertos : la gloria de que huyen les persigue por todas partes, y sus virtudes les hacen respetables. Cuando alguno de ellos se presenta en alguna parte, todo el pais se llena de gozo y manifiesta su piadosa alegría. Su humildad y su dulzura les atraen la veneración y la estimación de todo el mundo. »

« Cuando han caminado largo tiempo por las montañas y se sienten fatigados, se acuestan sobre la tierra, cual si fuese un lecho mullido y delicado. Pasan la noche en el lugar en que se ven sorprendidos por ella. No se preocupan de su sepultura : no piensan en construirse mausoleos, porque están crucificados con Jesucristo, y el ardiente amor que le profesan les hace encontrar la muerte en todas partes. Con frecuencia el mismo paraje en que concluyen sus ayunos y mortificaciones les sirve de sepultura. A muchos les sorprende el sueño de los justos en el fervor de sus oraciones, y otros, encerrados en sus grutas de la rocas, entregan plácidamente sus almas en manos del Señor. Unos mueren en las montañas, sin salir de su ordinaria sencillez : otros previamente avisados por el cielo, y estando confir-

mados en la gracia, se fortalecen con el signo de la cruz, y se colocan en la fosa que ellos mismos han cavado : otros entregan su espíritu á Dios cuando se hallan comiendo algunas yerbas que su Providencia les ha proporcionado : muchos, por último, son arrebatados de este mundo, cuando están rezando los salmos por las montañas y cantando las alabanzas divinas. »

« De esta manera, estos santos anacoretas morian en el ósculo del Señor. Sus cuerpos esperan en el lugar en que se hallan ocultos la voz del arcángel, que les llame á la resurrección, y entónces aparecerán cual lirios que florecen en los campos. El Señor les dará una eternidad gloriosa : en lugar de los cabellos que llevaban en desórden, ceñirá sobre su frente rica diadema : su cilicio se convertirá en ropaje de resplandeciente blancura : en lugar de las yerbas y del agua que constituian su alimento, Jesucristo mismo será su pan de vida eterna, y en lugar de las grutas y cavernas que habitaron, poseeran su reino inmortal. Quisieron sufrir en el este mundo, y Jesucristo les colmará de gozo en el otro. »

« No hay palabras que puedan expresar las inefables delicias que les están preparadas. Los ángeles les llamarán bienaventurados por haber caminado fielmente por los senderos de la justicia, por haber llegado al puerto tranquilo del cielo, por haber combatido sus pasiones en la tierra, y haber amado ardientemente á Jesucristo. Estos espíritus bienaventurados se regocijarán de tenerlos por coherederos del reino celestial. No cesarán de alabar y bendecir con ellos á la santísima y adorable Trinidad, á quién sea dada toda gloria por los siglos de los siglos. »

Tal es el resumen de las alabanzas que hace san Efreñ de estos anacoretas, no debiendo considerarse este elogio como exagerado é hiperbólico, sino como una relación fiel de su vida, tanto más cuanto que se halla conforme con lo que

dice Sozomeno. Veianse estos admirables anacoretas desde el tiempo de Constantino en 340, sobre todo en el territorio de Edesa y en el de Amida, hacia el monte Gángalo. Así es que san Efren, que murió en 377, no habla solamente de los que vivían en su tiempo, sino de los que habían florecido ántes de él. Los había también en el territorio de Nisiba y de Carres, cerca del monte Sigorón, entre los cuales es preciso colocar á Batteo, Eusebio, Bargo, Halas, Abbón, Lázaro, Abdaleo, Zenón y Heliodoro, de quienes habla Sozomeno, aunque muy sucintamente. Batteo vivió en una abstinencia tan grande, que se pudrieron sus dientes y criáronle gusanos. Halas no permitió comer pan, sino despues de haber llegado á la edad de ochenta años. Heliodoro pasaba sin dormir la mayor parte de la noche, y semanas enteras sin comer. Eusebio vivió recluido cerca de Carres. Lázaro fué consagrado obispo por honor, y sin asignársele niuguna diócesis; pero puede ser muy bién que se haya engañado Sozomeno acerca de este particular, como lo estuvo acerca de san Barso y san Eulogio, que, uno despues, de otro, ocuparon la silla metropolitana de Edesa. Nada se sabe de Bargo, así como de Abbón, Abdaleo y Zenón, como no sea, que se distinguieron, como los demás que hemos citado, en la celeste filosofía entre los santos habitantes de estas soledades.

Aún cuando nos ha dado san Efren una idea tan grande y justa de la virtud de los pastores de que acabamos de hablar, no deja de quejarse, al mismo tiempo, de algunos religiosos, que, siguiendo su propio consejo, quisieron imitar su género de vida, sin haberse preparado con el fondo de virtud necesaria para sostener los combates á que están llamados los anacoretas, ni la pureza de intención que debe preceder á semejantes empresas. « Advertid, dice al monje Juan, á esos religiosos vuestros, que es muy fácil que les engañe el demonio, inspirándoles proyectos superiores á

sus fuerzas, pues como dice el Apóstol san Pablo, es preciso reformarse en novedad de espíritu, pero buscando cual es la voluntad de Dios buena, y agradable y perfecta<sup>1</sup>. Unos se confían temerariamente á sus propias luces: otros rehúsan vivir en la obediencia del monasterio, y en el servicio mutuo, que con el trabajo manual se prestan los hermanos: otros aspiran á la estimación de los hombres, ó dejándose llevar de la volubilidad de su espíritu, quieren vivir como los pastores; mientras que, si consideraran detenidamente cuales son los trabajos de este estado, y los peligros á que se exponen, verían que es una gran indiscreción internarse en los áridos desiertos, en que perecerán miserablemente. Esto mismo ha ocurrido precisamente no hace mucho tiempo. Algunos religiosos resolvieron abandonar sus celdas, sin querer prestar oídos á las reflexiones que los superiores y otros religiosos les hacían para que desistiesen, y no dando otra razón sino que querían ser pastores. Internáronse, pues, en arenosos desiertos, en que carecían de agua y de todo alimento, y habiéndose alejado considerablemente, empezaron á sentir el castigo de su temeridad. Entónces quisieron volver á lugares habitados, pero no les fué posible encontrar camino. Por último, acosados por el hambre, por la sed, por el cansancio y por el excesivo calor, cayeron en tierra, y hubieran perecido, si la divina Providencia no les hubiera proporcionado que unos hombres los subiesen en sus caballos para llevarles á lugar habitado. Pero no dejaron de sufrir durante algún tiempo grandes incomodidades, y no todos tuvieron la misma dicha, pues algunos que no encontraron semejante coyuntura, fueron devorados por las aves y bestias salvajes. De esta manera pudieron aprender los que se salvaron, que nada debe emprenderse sin consejo: que es preciso desconfiar de las propias luces, y pedir

<sup>1</sup> Rom. XII, 2.

con humildad y caridad consejo sabio y prudente. Si alguno cree haber llegado á una virtud perfecta, y haber vencido sus pasiones, no se fie de sí mismo, no sea que se verifique lo que dice la Escritura: *Pobreza é ignominia á aquel que abandona la corrección*<sup>1</sup>.

Lo que acabamos de referir demuestra que en la Mesopotamia se observaba la misma regla para abrazar la vida de los anacoretas, que se practicaba entre los monjes del Egipto y de la Palestina, en donde no se permitía que los religiosos viviesen solos en el desierto, sino despues de haber sido probados en el monasterio por la más rigurosa obediencia y por la más absoluta renuncia de sí mismos; más si alguno ha sido exceptuado de esta regla común, lo ha sido por una vocación especial y bién probada, y no por su propio consejo.

Despues de haber tratado de los pastores ó anacoretas de esta provincia, necesario es también hablar de los monasterios en que se hacía la vida común. Los de Mesopotamia no fueron ménos célebres que los de Egipto, como atestigua Rufino: así es que san Basilio que vivió hacia el año 357, habla de ellos con la misma admiración, con que lo hace de los de otras provincias que habia visitado. Dice desde luego en su epístola al Clero de Neocesarea: « Se nos acusa de tener á nuestro lado religiosos llenos de piedad, que han renunciado al siglo y á sus vanas solicitudes, comparadas por Jesucristo á las espinas que abogan la divina semilla; pero estos monjes llevan la mortificación de Jesucristo á quien siguen firmemente, llevando su cruz. ¡ Ojala, no hubiese en toda nuestra vida otra cosa de que se nos acusase, y que nouviésemos bajo nuestra dirección más que personas que imitasen su piedad. Gran número de ellas se encuentra en el Egipto y la Palestina, así como en la Siria y en la

<sup>1</sup> Prov. xii, 18.

Mesopotamia. A su lado no somos más que niños en la virtud. Hay también comunidades de vírgenes que no han abrazado con ménos ardor los consejos evangélicos, y que viven consagradas á la compunción y la penitencia. A todos ellos los consideramos muy dichosos por hallarse en estado de tanta santidad, y tenemos la pena de no imitarles. Sólomente el demonio, que es padre de la mentira, puede hacer que se desaprobe un género de vida tan perfecta. Nuestro mayor deseo seria que Dios nos proporcionase un gran número de estas personas, tanto hombres como mujeres, que han crucificado su carne con todas sus concupiscencias, que no se cuidan del alimento y del vestido, que consagran el dia y la noche á la oración, que no hablan el lenguaje del mundo, que no usan de su lengua sino para cantar las alabanzas del Señor, que no tienen otras aspiraciones que las de alcanzar el cielo, y que, por último, unen á los rigores de la penitencia el trabajo manual, con el cual no sólomente atienden á su sustento, sino también á las necesidades del pobre. »

No habla este Santo con ménos elogio y cariño de los monjes de Mesopotamia, en su carta á Eustaquio, obispo de Sebaste: « Habiendo leído en el santo Evangelio, dice, que uno de los medios más seguros de alcanzar la perfección en vender los bienes, distribuirlos á los pobres, dejar las solicitudes del mundo, y arrancar del corazón el afecto de las cosas terrenas, he deseado tener á mi lado á uno de estos hombres que han abrazado un estado tan santo, y con cuyos consejos y ejemplos pueda yo elevarme sobre las oleadas del tempestuoso mar del mundo. He encontrado á muchos en Alejandría y en el resto de Egipto. También los he visto en la Palestina, en la Siria y en la Mesopotamia, y no he podido ménos de admirar la santidad de su vida, su mortificación, su paciencia en los trabajos, y su fervor y asiduidad en la oración. No he podido ménos de admirar á